



LA CONCORDIA ROSA

Aarón Rueda Benito

LA CONCORDIA ROSA



Primera edición: mayo 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Aarón Rueda Benito

© Ilustraciones: Aarón Rueda Benito

ISBN: 979-13-88195-56-3

ISBN digital: 979-13-88195-57-0

Depósito legal: M-12005-2026

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Ne nasce un bestiale colore rosa

Pier Paolo Pasolini

Lo vedi il mare?

Dove?

Sul soffitto

La grande bellezza

Paolo Sorrentino

Ítaca existe a condición de no recuperarla.

Cristina Peri Rossi

PRÓLOGO A LA VERSIÓN ACABADA DE ESTE LIBRO

El que tenga entre sus manos este libro se encontrará una historia extraña, como lo son todas las medidas por el amor. Una historia peregrina y confundida de prosa errante que ahonda en los significados que van más allá de la literalidad.

Cuando yo conocí lo que aquí se narra ya habían acontecido muchos de sus sucesos y aún faltaban más por encontrar en este libro el hueco para que se narrase su hazaña.

Fue intermitente y errabundo el protagonista de esta historia, pero ¿quién no necesita equivocarse para cambiar sus ideas y alcanzar lo que en su corazón humano más anhela?

El tiempo de la narración fue siempre inconcreto, pues su protagonista en más de una ocasión se evadió y confundió los días con años y los meses con decenios.

Me gustaría pensar que de algún modo yo tuve influencia para que se pusieran por escrito las cosas que encierran las palabras de este librito. No todo fue sencillo. Si hay máculas, errores o cosas que disgusten, perdónelo el gentil lector, pues la intención de la narración fue sincera. Si es más o menos hábil, ya es cosa distinta. Se verá en la paciencia del lector si se puede o no tomar a la ligera su historia.

Ojalá disfrute quien tenga en sus manos este libro de los periplos del llamado Nuño. Yo disfruté escuchándolas en deliciosas conversaciones que mantuvimos bajo la sombra de los naranjos, así como lo hice tiempo después escribiéndolas y leyéndolas.

Padre Apolonio,
Roma

Año XXI tras el Saco noruego de Bjorn III.

CAPÍTULO PRIMERO. EN EL QUE SE NARRA EL PRIMER RECUERDO
ATESORADO DE NUÑO SOBRE LAURA

Apareció por la misma razón que aparece cualquier persona importante en la vida: por azar. Pretender calcular algo así es ridículo. Esta no es una de esas historias de las que afirman haber encontrado un amor puro desde la infancia. No. Ella apareció en mi vida por una improbabilidad. Yo acababa de mudarme y ella se encontraba por allá. Que de tan nimio relato surgiera el sentimiento más grande de mi vida adulta me genera, como poco, asombro ante los sucesos que se nos escapan. Porque no tiene sentido que estas cosas pasen en Roma o París, donde todo es elegante en su evocación y elevados los sentimientos y la literatura, a pesar de que yo mismo estuve en ambos. No. Esto ocurrió en una ciudad de provincia mesetaria donde se juntan lo vulgar y lo sublime cada día y no se ve lo uno sin lo otro. Esa fue para mí Ciudad Furia, la ciudad más florida de la meseta. Situada, para quien no la ubique, en el punto medio exacto entre León y Salamanca.

Supongo que algo encontraré de reconfortante en volver a estos susurros de mi mente si aquí los estoy narrando tantos y tantos años después, alterando, quizá, el recuerdo mismo por manosearlo. Si soy completamente honesto conmigo mismo, creo que en los estantes de mi memoria no albergo siquiera el escenario real de nuestro encuentro, o prefiero callarlo. Tomaría café, vino o una infusión de lirios, si es que en ese momento ya habían llegado a Ciudad Furia. Un lugar donde sentarnos seguro que encontramos.

No acudieron en aquel aséptico encuentro inicial querubines a decorar la mirada que cada uno arrojó sobre el otro. Ambos fuimos educadamente cordiales.

En aquellos días una epidemia de murria assolaba la ciudad. Esta provocaba que los más enlutados se desvaneciesen y fuesen a parar a otros lugares de manera inevitable.

Recuerdo que ambos reímos en algún punto de la charla de manera sincera. Intercambiamos nombres y poca información personal. Si lo hubiese adivinado, si tan siquiera lo hubiese intuido un poco..., pero cada cosa requiere de su tiempo concreto y la honda raíz que dejó su presencia en mí, tantísimos años después, era imposible de augurar.

Es posible que en la primera mirada se escondiese algo. Yo no fui capaz de racionalizar un solo gesto o un mínimo impulso de mi sangre recorriendo veloz los caminos de mi cuerpo. Simplemente lo sentí.

Sí que recuerdo que tomamos pincho de tortilla, así que es posible que bebiésemos café. Cuando terminó nuestra charla, en un tiempo apropiado, nos saludamos cordialmente y cada uno puso rumbo a su casa. Era imposible prever en ese momento que unos años más tarde yo me emprendería en una ruta por el mar solo para volver a verla.

La primera vez que la vi yo rondaba los veintialgo y estaba a punto de llenarme las manos de hollín.

CAPÍTULO SEGUNDO. DONDE SE EXPLICA LA LLEGADA DE NUÑO A CIUDAD FURIA Y SU FORTUITO ENCUENTRO CON LAURA

El tren paró puntual en la estación sur de la ciudad. Se llamaba estación sur, pero se accedía a ella por el este. Nuño descargó las abultadas maletas del compartimento y las arrastró con vehemencia por la calle hasta que consiguió ubicarse en la dirección que su nuevo casero le había enviado.

Su nuevo hogar, lejos de ser un palacio, resultó bastante acogedor. Una pequeña vivienda en un gran bloque de apartamentos de ladrillos marrones circundados por árboles jóvenes que añadían un toque de color al paisaje urbano, árboles que, más tarde, Nuño extrañaría durante sus viajes. Pese a estar separados por varios metros, se retorcían y trataban con sus troncos y ramas de acercarse a sus compañeros como si intentaran contarse un chismorreó entre ellos. Aún no sabía Nuño escucharlos. Sus hojas permanecían naranjas y amarillas todo el año.

Nuño estaba allí parado con sus maletas, su macuto y su hatillo, mirando la inmensa fachada marrón con ventanas blancas. Contempló sin mucha sorpresa cómo lo único que rompía la monotonía de los edificios eran las gárgolas que se divisaban en el último piso, casi borrosas desde el suelo, que como bien comprobaría Nuño al mirar desde su ventana en el duodécimo piso, practicaban, lejos de la vista de los transeúntes, todo tipo de posturas sexuales.

El casero apareció vestido con una gabardina beis y un aro metálico atado al cinto con las copias de las llaves que siempre llevaba consigo cual cencerro. Este le hubiese hecho las veces de heraldo si no fuera porque ese puesto lo disfrutaba su característico perfume a tienda de encurtidos que se presenciaba en cualquier lugar antes que él. Tenía un frondoso bigote rematado en las puntas

con dos lacitos de color cian. Debía poseer tres cuartas partes del edificio. Su negocio era, particularmente, el arrendamiento de las viviendas. Pese a su aspecto desgarrado y una cierta brusquedad en el habla, Gregorio, que así se llamaba, resultó ser un hombre amable y correcto.

Como es de suponer, interrogó a Nuño sobre su oficio y su llegada a Ciudad Furia, a lo que el chico, paciente y aún cargado con las maletas, le explicó que acababa de sacarse una plaza de funcionariado que de una vez por todas le había extraído de la comodidad del hogar de su infancia. En la insaciable curiosidad del casero, este preguntó de qué se trataba el trabajo del joven. Nuño, que supuso que querría asegurarse bien del pago del alquiler, le explicó con detalle que se trataba de un empleo de deshollinador de banda ancha. El casero no pudo por menos que contener su asombro. Tan joven y con un puesto tan bueno. Lo cierto es que el propio Nuño estaba muy emocionado con su perspectiva laboral. No todos sus amigos podían presumir a esa edad de ostentar un cargo de funcionario como el que a él se le presentaba. Por descontado, en esta historia los más emocionados eran, claro, sus padres. Ya imaginaba a su padre, quien varios años después tendría un gran peso en el devenir de las aventuras de Nuño, henchido de orgullo en sus paseos dominicales por el monte de su pueblo narrando a sus compañeros de excursión el puesto tan extraordinario que le habían ofrecido a su hijo al sacarse la oposición, mientras se guardaban de no cruzarse con algún cucurrumacho.

Hechas las oportunas concesiones de cordialidad y conocimiento dentro del edificio, el casero entregó a Nuño una de las llavecitas del aro y le condujo entre pasillos interminables a una puerta de color verde con un hipocampo en la aldaba. Las puertas se pintaban de colores estridentes —le explicó el casero— y diferentes entre sí para que los inquilinos se ubicaran y no confundieran unas casas con las otras. La puerta frente al nuevo apartamento de Nuño era rosa palo con un murciélago de latón, mientras que la que hacía esquina era azul celeste con dos gambas entrelazadas.

Memorizado el recorrido y el color, accedieron al apartamento.

Las paredes de su interior estaban pintadas de un rojo profundo y radiante. Apenas había muebles. Nuño, con los brazos cansados, dejó por fin sus maletas en el suelo. El casero le explicó de forma somera los rudimentos de la cocina, escondida tras una de las paredes del salón, el pequeño aseo con ducha plegable y el salón-dormitorio con vistas al edificio de enfrente, donde Nuño vislumbró a las entregadas gárgolas.

Se marchó una vez concluidas las explicaciones cerrando la puerta tras de sí, dejando reminiscencias durante varios minutos en el aire de ese olor tan característico a *boutique* de encurtidos.

Nuño deshizo sus maletas con finura japonesa. Colocó todas sus prendas sin mácula de arruga en un pequeño armario de madera que, como la vajilla y gran parte del mobiliario de aquella casa, parecía venir recorriendo años desde la posguerra. Hasta las camisas del hatillo llegaron perfectamente dobladas. De su macuto fue sacando Nuño cada caja con sus pertenencias y sobre el fondo rojo de la casa esparció sus enseres. Sus libros en pilas regulares y sus copas de cristal ordenadas con meticulosa ciencia. Cuando todo estuvo pulcro sobre el fondo rojo, se encaminó a los armarios de la cocina, donde la falta de comida planteó su siguiente tarea. Ordenada su pequeña estancia, Nuño se dirigió a la calle para buscar el supermercado más cercano donde abastecer su nuevo hogar.

El sitio estaba tan plagado de gente que la tensión por hacerse con una malla de naranjas podía desencadenar una batalla campal. Nuño esquivaba consumidores por intuición con la mirada fija en el papel donde había apuntado, en rima asonante, el listado de alimentos y productos de limpieza que necesitaba poner en su nueva casa.

Ignorando los gritos de las señoras que peleaban entre sí, iba Nuño añadiendo con cuidado en su cesta los elementos que cuadraban con el axis rítmico isopolar de su lista. Mientras él miraba asombrado las distintas latas de conservas que se apilaban en un estante, el forcejeo de dos ancianos que blandían sus bastones en

el ristre atinó a golpear una bolsa de cebollas que Nuño llevaba en la mano. Fascinado por la lectura de los ingredientes de una salsa de tomate, Nuño no fue consciente de cómo las cebollas echaron a rodar por el suelo. Una mano agarró una de las hortalizas y trató de advertirle de su fuga. Era la mano de Laura. Pero Nuño, aún obnubilado por su lectura, comenzó a tirar de su cesta en dirección contraria, dejando el aviso de esta perderse entre el gentío.

Una vez en la calle, mientras Nuño caminaba cargado con sus bolsas, escuchó una voz que parecía increparle. No se giró hasta la tercera vez, cuando entendió que él era el objetivo de la llamada. Al tornar, vio a una chica sosteniendo una cebolla en la mano que se acercaba a él con trote suave.

—Se te ha caído esto antes.

Nuño miró la cebolla con recelo. Una vez asegurada que su rima era acorde con su lista, la aceptó y dio las gracias educadamente. Guardó la cebolla con el resto.

—Esta será la más rica y sabrosa, no la mezcles con las otras.

—¿Por qué?

—Porque es la robada.

CAPÍTULO TERCERO. DONDE SE NARRA EL PRIMER DÍA DE TRABAJO
DE NUÑO

Nuño abandonó su rojiza morada a las siete y media de la mañana para dirigirse a las oficinas del edificio gubernamental en el que debía desempeñar su nuevo oficio.

Allí fue recibido con frío júbilo por parte de sus compañeros, todos ya a esas horas con las manos llenas de hollín. Un señor con hombreras y patillas prusianas le entregó su primera pila de papeles y tareas. Era su supervisor. Le marcó a Nuño en un mapa de la ciudad la ruta que debía seguir. Sobre un gran callejero que sostenían chinchetas en un corcho, colocó un cordón grueso y rosa con la ruta de esa semana. Cada hilo tenía un color distinto. Todas las semanas se actualizaba.

—Tranquilo, chaval —le dijo su supervisor dándole una palmada en el hombro—, en un plis le coges el truquillo a esto.

Apuntaba con fruición cada detalle en su libreta. Su entusiasmo era comprensible. Se imaginaba a su padre presumiendo de él en los paseos de su grupo de montaña con su amigo Leandro. Él, que no había tenido mácula de suciedad en las manos en toda su carrera profesional, ahora podría ver a su hijo bien colocado y con las manos llenas de hollín, de ese que no se quita con el tiempo de los surcos de la piel, el hollín policromado.

Le entregaron sus bártulos media hora después y se puso en movimiento, emprendiendo la primera ruta de su oficio. Paseaba por las calles con un vistazo a sus pasos y otro al mapa. El primer edificio donde hubo de parar era muy similar a aquel donde él había alquilado su apartamento. Grandes moles de ladrillos de colores. Este se encontraba rodeado de una pequeña zona ajardinada con banquitos de piedra para que descansaran los ancianos. Nuño llamó al telefonillo de la primera casa.

—Buenos días, señor. Vengo a hacer la auditoría de su banda ancha. ¿Podría ser tan amable de mostrarme sus conductos?

Un caballero ataviado con traje de lana le hizo pasar con gesto serio y guio al joven a la pequeña sala de tuberías.

Nuño desvistió los tubos y vio el torrente de información que por allí pasaba. Como un cirujano, se enjuagó las manos con alcohol y las introdujo en el tren de color del circuito. Los mensajes y cariños que se enviaban por aquel medio cosquillearon la piel del deshollinador. Una vez comprobado todo a la perfección, se limpió el hollín de las palmas con un trapo, aunque siempre quedaba algo en las arrugas de las manos como signo distintivo de su profesión. Era ese el que moldeaba sus manos y e iba haciendo marca. Rellenó un informe, colocó la pertinente pegatina y se marchó hacia el siguiente hogar de su ruta.

A la cuarta auditoría iba notando la fatiga de las sesiones, especialmente tras la número tres, donde se visualizó en su hollín una gran cantidad de cartas al director de un periódico regional exigiendo la vuelta de las fiestas patronales el barrio en el que se encontraba. En aquellos conductos Nuño tuvo que sacar a manos llenas mucha acumulación de grumo glauco —que como bien es sabido es el más pestilente de todos los hollines de banda ancha— para poder hacer bien las lecturas.

Nuño no dejaba que el cansancio entorpeciera su función. Tomó un largo trago de café y terminó las otras siete casas previstas en su ruta rosa. Una vez concluidas, se lavó las manos, fichó de nuevo en la oficina y regresó a su casa satisfecho del primer día de trabajo de su nueva vida.

Sentado en un sofá frente a la ventana, observaba las pequeñas virutas de color que alojaba bajo las uñas. Era el rastro de un buen puesto. Tener las manos sucias con aquellos colores tan brillantes era todo un símbolo de hidalguía. Marcaba cierto estatus, aunque a él aún mucho le faltaba para que sus manos se vieran como la de alguno de sus compañeros de la oficina, tan impregnadas de hollín que ya fuera parte de la dermis. Cada veta de color era un resto de

un mensaje, de una historia que parecía tatuarse en las manos privilegiadas de los deshollinadores de banda ancha. Ellos, que tenían el gusto de acudir a los relatos más exquisitos y privados con meter sus manos en aquel jugo que bailaba por los tubos de las ciudades desde que cayeran otros medios de comunicación más antiguos. Con toda la información rellenaban sus informes estatales, que más tarde otro funcionario usaría en otro departamento.

Por la tarde, tras fregar y ordenar su casa un poco, le llegó un mensaje. Era Laura, la chica de la cebolla, que le invitaba a conocer con ella la ciudad. Nuño, entusiasmado, aceptó.

CAPÍTULO CUARTO. EN EL QUE SE NARRA EL PRIMER PASEO QUE
NUÑO Y LAURA DIERON POR LA CIUDAD

Se acercaban con sus pasos a un centro urbano conservado con sus medievales formas de piedras gastadas. Nuño paseaba con los ojos perdidos en cada piedra y cada caries de los muros. Laura, con gentileza, le daba alguna pista sobre el pasado glorioso de aquella ciudad hundida.

—Tienes las uñas manchadas —le dijo ella señalando con el mentón.

—Sí. Hoy he comenzado mis tareas —respondió Nuño henchido de orgullo.

—Deberías limpiarte mejor.

Pasaban a la sombra de una de las siete catedrales de la ciudad. Laura le explicaba que, por un error de planificación en el ayuntamiento unos años atrás, se confundió la catedral vieja con una mansión privada cuyo dueño quería rematar todo de rosa. Los obreros, acatando sin rechiste la comanda, decoraron las gastadas piedras con color y andamios. Laura señaló los picos de sus torres fucsias.

—Ahora todo el mundo la conoce como la catedral rosa, para diferenciarla del resto.

Ante las protestas de ciertos estudiosos puristas, se determinó la construcción de una nueva catedral que recuperara el esplendor de la ya rosa medieval, pero una incapacidad de comunicación entre los expertos creó un nuevo cisma tras otro, y al final, para satisfacer a todos, se elevaron seis diferentes edificios, cada uno en un estilo arquitectónico concreto. Con la última campana puesta acabaron todas las discusiones.

—Lo suyo es visitar —continuaba Laura— una cada día de la semana.

Entraron en la catedral rosa. Pese a su pulcrísimo color esmaltado del exterior, por dentro mantenía sus rocas y sillerías antiguas. Para conservar parte de la esencia robada por el progreso, solo se iluminaba con candelabros. Tiempo ha habría tenido un lujo diferente. Nuño paseaba en silencio junto a Laura, atento al eco de sus pasos en el espacio amplio. Señalaban los detalles de los techos y reían. En aquel momento, entrar en un lugar así para Nuño no tenía mayor repercusión que la anécdota turística.

Fuera, en la fachada rosada de la catedral, Laura le señalaba las gastadas piedras llenas de un bestiario improbable.

—¿Te imaginas las significaciones que tendrían para los artífices esos animales?

En un mismo friso se veía una secuencia de animales míticos y regulares: un perro, osos, una araña, gallinas, una cigüeña, caballos, un pelicano picándose el pecho, un cocodrilo, grifones, un león, hombres salvajes, un minotauro, un elefante con un jinete, una piara de cerdos, una lechuza sobre una estrella y otro perro.

—Eso es un lobo —le indicó Laura al señalar a la última de las criaturas de estética tosca.

—Se parece mucho al perro.

—Qué historia tan curiosa contaría esta columna rosa, ¿no crees? Es una lástima que ya no sepamos leerlas. A mí me encanta que cada cosa auspicie su metáfora y su enseñanza. Incluso sin poder acceder a su significado original.

La mayoría de los transeúntes ignoraban los rincones donde Nuño se quedaba tan prendido. En su carácter profesional, observaba de reojo los canales de las viejas casas restauradas donde se movían los mensajes en el hollín desde hacía ya varios lustros. Deseaba que en su ruta le mandaran a una de ellas para llenarse las manos de sus historias. A Laura, no obstante, todo aquello parecía importarle poco. Su atención iba solo encaminada a las tallas y dinteles.

Se despidieron cordialmente al terminar la ruta. Aún era verano y Nuño tenía las manos frías.

CAPÍTULO QUINTO. DONDE NUÑO NARRA EL RECUERDO DEL PASEO
CON LAURA Y LA EXPLICACIÓN DE LAS SIETE CATEDRALES

Me convocó a una hora concreta. Las doce y treinta y cuatro minutos de la mañana. Era así —me dijo— por ser la hora del segundo ángelus, el de los avispados.

Paseábamos entre piedras calizas de remates desgastados. Ella, diligente, me explicaba cada ápice de curiosidad artística que nos cruzábamos. Yo miraba deleitoso aquellas ruinas centrales mientras tantos habitantes, ya aburridos de tanta épocas barrocas y pedregosas, afinaban la mirada en sus otros temas, como es natural.

Yo tenía arrogancia infantil. Orgulloso de mis primeras manchas de hollín policromado, traté de lucir mis manos, no pulidas de sexenios, ante aquella mujer que, aunque aún no conocía, me trataba con familiar amabilidad.

Cuando por fin reparó en mis manos, su respuesta fue tan contundente que no fui capaz de procesar más que vergüenza. No mostró ni el más mínimo interés en el excelentísimo puesto que implicaba aquella colorida suciedad. Ella se centraba en su explicación de la heroica y cansada ciudad que a mí me acogía en ese momento como nuevo hogar y donde pensaba que desarrollaría mi vida.

Puede que ahí se formara, sin que yo lo intuyese aún, uno de los primeros puntos de inflexión que aquel ser provocaría en mí. Su absoluto desinterés por el estatus generó en mí una intriga lenta. ¿Cómo era posible? ¿Acaso no intuía lo que significaban aquellas manchas de tinta y recuerdo? Me vi a mí mismo en gris. En ese momento disipé el desconcierto con preguntas de turista sobre la ciudad.

Quise indagar sobre las siete y famosas catedrales que desde hacía años habían colocado aquel lugar en un puesto relevante de

la geografía nacional. Laura me condujo primeramente a la más antigua, la única que realmente pertenecía al gótico de todas ellas. Sus piedras, relieves y detalles se habían recubierto —por error de un promotor creí entender— de una chillona y esmaltada pintura de color rosa. Como curiosidad tenía un punto, pero rápidamente asociaciones y eruditos vociferaron que la historia artística de una ciudad como la suya no podía verse afectada por la deriva de la moral burguesa que había generado aquel entuerto.

Laura me contó cómo ese despliegue provocó que las autoridades comenzaran su campaña para la construcción de una nueva catedral, ya que remover el rosa habría sido devastador para las ya cansadas piedras. Fue, a todas luces, un calco del templo del medievo —me decía— sobre todo en condiciones para los obreros y artesanos que empeñaron sus tareas en las tardes para gloria y vitor de unos pocos. Las asambleas fueron tortuosas por todo el rango de opiniones, gustos y estilos.

Muchos ciudadanos reclamaron forjas de metal, vidrio y colores al más puro estilo del Levante, para remarcar en una zona históricamente más de piedra dura que de fina orfebrería como la modernidad de nuestro tiempo requería. Aquellos fueron los encargados de la catedral neomodernista, toda llena de flores de cristal y figuras de arenisca, que fue la siguiente parada del *tour* que me hacía Laura ese día.

Más movidos por la tradición que por los tiempos modernos estuvieron los que pelearon por una exacta réplica de la catedral antigua. Por no alumbrar nuevas disputas, Laura me contó que el ayuntamiento hizo a tres calles y media de la antigua una replica exacta a gastos cubiertos con el fondo municipal. Esa era la nueva-vieja catedral. Aun así, en aquel grupo no hubo tantos contentos con la obra, por lo que, a dos meses de su inauguración levantaron nueva réplica de la nueva-vieja catedral, esta vez con algún cambio que la diferenciara de sus hermanas rosa y gris, como los detalles de poner chinchetas en las sillerías y otras cosas similares.

Delante de todas me fue paseando Laura aquella tarde que tan lejana se me antoja ahora. En alguna entramos, como en la cuarta (la tercera en nueva construcción), que se erigió entre la disputa de las dos catedrales gemelas por unos que no quisieron ni las góticas ni las moderneces y se inclinaron por una construcción de corte italiano más fino, con cúpula a lo Brunelleschi, que requirió de chuparrosas italianos para polinizarla y que usaron como excusa para contratar a pintores de frescos que también decoraron las paredes de sus casas.

Hubo un grupo reducido que bramó que no era necesario tanto gasto en una iglesia y se propusieron levantar una más sobria a palo y piedra, que, a diferencia de las otras, no alteró tanto el dibujo de la villa. Se la nombró catedral por coquetería.

Debe entenderse que todo ello fue mucho antes de las guerras que nos asolarían y las arcas públicas se disponían así de alegremente. Ya cambiaría la necesidad todos esos sistemas.

La última fue también la más bonita. Todo el que no había dicho o hecho algo en alguna de las otras quiso hacer su propio templo. Laura me condujo hasta su ubicación en la pedanía más norteña de la ciudad. En ella confluyeron todos los estilos artísticos que les cupieron. Los que no lo hicimos fuimos nosotros, pues tras dar un largo paseo hasta allá y disponernos a entrar a verla por dentro nos despacharon por no pertenecer a aquella diócesis, aduciendo que era solo para miembros.

Cuando acabó nuestro recorrido, nos despedimos serenamente y cada uno se encaminó hacia su casa, dejando atrás las agujas de todas las catedrales de la ciudad.

Yo no hacía más, en mi paseo de vuelta, que pensar en la falta de interés que mostró aquella semidesconocida hacia las manchas de mis manos. Lo que más me disturbaba era que, en lugar de enfadarme, de enervarme, aquella reacción había desencadenado en mí la intriga, y para mi sorpresa, al llegar a casa comprendí que, pese al sinsabor, había algo en aquella chica que provocaba que quisiera, incluso en ese instante inmediato a la separación, volver a verla.

CAPÍTULO SEXTO. EN EL QUE SE NARRA LA SEGUNDA PARTE DEL
COMETIDO DE NUÑO EN LA EMPRESA DEL ESTADO

Nuño apareció puntual a la mañana siguiente en la oficina. Colocaba sobre la mesa de su cubículo los papeles de la recogida de datos del día anterior. Se dirigió al panel donde se colocaban las cuerdas con las rutas y buscó el cordón rosa que indicaba su camino.

Mientras anotaba, uno de sus compañeros, con la taza de café humeante en una mano, le tocó el hombro para llamar su atención.

—¿Qué haces, novato?

—Apunto las calles que me tocan hoy.

—Pero, cómo, ¿no saliste ayer ya de ruta?

—Sí, pero el jefe me dijo que se actualizaba cada día.

—Bueno, rapaz, una cosa es que el panel se actualice y otra que te toque salir. ¿Has pasado las auditorías a los informes del modelo P7?

—¿P... sí...?

—Me lo temía. Ven para acá, rapaz, que te lo explico en un minuto.

Joaquín era el nombre del compañero que sacó a Nuño de su idilio. Con buena fe y un poco de ironía, le explicó pausadamente el proceso por el cual todos los datos recogidos —detalles incluidos— debían ser procesados con unos formularios de formato digital donde se pormenorizaba cada dato de sus revisiones de los mensajes enviados a través de las bandas anchas de hollín que examinaban.

—Por eso lo mejor es limitar a una visita al día. Se hace bola si no tanto papeleo.

«Con razón tardaba años en fijarse el policromado hollín bajo las uñas», pensó Nuño.

Una vez Joaquín le hubo dejado en su cubil, Nuño comenzó a transcribir meticulosamente todos los apuntes de la primera sesión del día anterior. Tardó varias horas en finalizar solo uno. En el panel continuaba impoluta la nueva ruta de la cuerda rosa, aquella que marcaba el rumbo de Nuño. Al verla, sonrió y pensó que era del color de la catedral y su bestiario ignoto. Un fugaz pensamiento le trajo a la mente la imagen de Laura. Mientras tecleaba pensaba en sus padres y en cuán orgullosos estarían por la plaza de funcionario que acababa de conseguir su hijo. Eso debía ser lo importante de la vida: posicionarse bien —o al menos así lo pensaba entonces—. Nuño continuaba dando forma en las tablas tipo que cada dato inútil del formulario requería. Mordió un sándwich a media mañana. Ya había pasado dos auditorías enteras. Algunos de los compañeros de los cubículos continuos atendían asombrados al brío con que apuraba el novato su tarea. Ellos, más cansinos, mecanografiaban sin mucha jarana. Nuño lo pensaba como un camino hacia la ruta rosa. Quería volver a su hollín de colores, a sus sensaciones, a las grandes promesas de esa profesión pública.

No hubo suerte aquel día. Al finalizar la jornada no había llegado a la tercera parte del segundo formulario. Joaquín reapareció para verle. Mientras se ponía la cazadora, le dijo:

—No te desesperes, chaval. Estas cosas llevan su tiempo.

—Quería volver a la ruta cuanto antes.

—Ya... Por eso te dije que es mejor racionarse las visitas.

Abatido por el resultado, Nuño volvió a casa decaído, aunque rápido pensó en que era cosa de los primeros días. Ya le cogería el tranquilo. La escarlata omnipresencia de su apartamento le abrigó en la misma entrada. Aprovechó el resto del día para poner en orden su nuevo hogar.

Colocó por tamaños su colección de esculturas bárbaras adquirida por fascículos en su infancia en su pueblo. Eran ídolos de bronce oxidado que representaban hombres salvajes con garrotas, con ese verde azulado tan particular. Con sus cachiporras cargadas al hombro, le parecían a Nuño muy pintorescas las figurillas que

aportaban en el orden de su vida un poco de ajetreo mental. No podía evitar al mirarlos imaginarse las gestas y aventuras emocionantes que tanto distaban de su vida ordinaria. Eran leyendas. Se conformaba con eso, con imaginarlas, pensando que las aventuras no eran cosa para él.

Mientras atendía a sus figurillas, se vio el hollín policromado en la punta de las manos. Un pinchazo le trajo de nuevo el recuerdo del comentario que el día anterior le había hecho Laura al respecto y volvió a golpearle una duda extraña.

